

Miles gloriosus¹

La idea de este Cuaderno de *El Urogallo* partió de repetidos encuentros (en un club de jazz, claro) con Unn Brundin. Su propuesta podía llevar al entusiasmo. Por un lado, una exigente revista literaria abría el centro de sus páginas a uno de los músicos imprescindibles en la historia del jazz. Por otro, la misma convocatoria permitía comprobar si existe en España algo que podríamos llamar «escritura del jazz». Se sabe que la gente del jazz es gente loca por el jazz y bueno ha sido poder ver que su compromiso musical se establece desde el mismo real compromiso con la escritura. No se pudo llamar a todos, otros no pudieron, pero podemos presentar once trabajos de diez autores: el poeta danés y novelistas de Asturias, Madrid y Sevilla, los críticos de jazz de cuatro diarios de difusión nacional, el poeta y loco del jazz de Málaga, y un verdadero escritor español del jazz, José Ramón Rubio. Y algunos de los fotógrafos del jazz. Disculpad las ausencias.

No hubo un reparto de temas o períodos y los textos llegaron manifestando el acuerdo de quienes no se repiten. Quizá porque cada uno fuera consciente de que hablábamos de un diamante, los diversos textos van afirmando caras y facetas del poliedro Miles Davis. La lectura del conjunto de los trabajos puede dar una visión circular del trompetista, su mismo *Circle in the round*. Entre el deseo y la afirmación, esperamos que en éste y aquél momento se escuche, en las siguientes páginas, la trompeta de Miles Davis.

J. de C. [29]

El dios de la adolescencia

Javier de Cambra

El Urogallo, nº 58, marzo de 1991, ps. 29, 37-39

Miles Davis cuenta en su autobiografía la sucesión de sus sentimientos cuando se enfrenta a un espejo. Se encuentra calvo, y lo reconoce con expresiones de marino que embarranca, pero en seguida el espejo devuelve la fascinación y a Miles Dewey Davis III no le queda más remedio que admitir que sigue viendo en él a un guapo y gentil hombre. No importan los años de escucha, su

¹ Este es el texto de Javier de Cambra que encabezada el dossier titulado «Miles gloriosus» con el que comenzaron sus colaboraciones con la revista *El Urogallo*. A continuación incluimos su propia contribución a dicho dossier.

encuentro como invitación al viaje interior, la soledad que, entre quienes le dedican su tiempo, se hace compartida —y expresada—, el número de kilómetros o de horas de vigilia para llegar a uno de sus conciertos, la escucha, las lecturas, el aprendizaje en la caricia, la escucha. El trato constante e íntimo no puede evitar que sigamos preguntándonos quién es Miles Davis; quién es este bravo ejemplar humano que en la sesentena de su edad sigue dando olés a su compañero de viaje en el ascensor solitario y que, noche tras noche, celebrará su 65 cumpleaños convocando al baile a la juventud del planeta en cualquier ciudad de cualquier continente (con sus islas).

Tal vez porque alguien le contara el viejo relato de las posibles relaciones molestas entre el moscardón y el elefante, un músico español dedicó a Miles Davis un tema que se titulaba (quizá deba señalarse que con ánimo ofensivo, pues el mismo Davis no tendría por qué entenderlo así), *Príncipe del dólar*; pero desde que Wayne Shorter le tributó *Prince of Darkness* y Duke Ellington le hermanó con Picasso (la insólita categoría de los continuos revolucionarios de sí mismos), admiradores y entusiastas hemos sentido el vértigo de tener que buscar, entre los calificativos, cohetes falleros. Ciertamente, no era Fray Luis quien decía ayer Príncipe de la seducción o el genio que no cesa y cada uno de los que en este cuaderno escribimos, y asistentes a sus conciertos (cuando entra en *Time afer time*, seguramente), y también quienes le encuentran al llegar a casa, para que la noche empiece de nuevo, hemos reconocido en Miles, como la Orden de Malta le tiene entre sus caballeros, toda suerte de principados, el manantial del genio que, continuamente, se renueva, aquél que no mira atrás y cercena de sí el pasado como si de la propia Hydra del genio se tratase. Y fue, precisamente, con el sentimiento de [38] que se nos acababan las mitologías, cuando saltó —y el mecanismo corresponde a la aparición— el recuerdo de André Breton, que supo encontrar en Rimbaud al «verdadero dios de la pubertad que faltaba en todas las mitologías». Y si éste fuera...

Se puede saber que Miles Davis apenas ha cumplido matrimonio y 19 años cuando llega a Nueva York buscando a Parker esperanzadamente. Cuando aún no había entrado en el centro de su juventud debió enfrentarse al genio musical que había vuelto a cambiar el latido y la capacidad emocional de este siglo: Charlie *Bird* Parker. Era la máxima apuesta y venció. Fue su personalidad lo que impuso, su sonido, su sentido del tiempo, su relajación, cuando no era la fulgurante destreza (y el conocimiento musical) de un Dizzy lo que podía lanzar a la arena. Volvió a triunfar siendo capaz de dejar a su mentor y desde entonces no ha dejado de cumplir algo que F. Scott Fitzgerald advirtió, «la compensación de un éxito muy temprano es la convicción de que la vida es un asunto romántico. Uno sigue siendo joven en el mejor de los sentidos».

Ahí tenéis al Miles Davis de sus sesenta celebrando la hermosura frente al espejo.

Dejemos a Narciso al borde del agua, pues este olímpico de piel negra creció en el gran lago de la cultura que, en América, nació de África. En los buques esclavistas también viajó Changó, dios yoruba del rayo y de los truenos, del amor, la virilidad y la música. Dejemos el primero y los segundos para su encarnación en el capitán Haddock y que Tintín, que para eso es periodista, le pregunte a Davis por las tres siguientes competencias. No es muy seguro que alguien pueda certificar que Miles, el hombre que reconoce hablar, literalmente, en casa, con los espíritus (entre las confesiones de su libro) no haya encontrado a Ochún, la diosa, también yoruba, del oro y la sexualidad.

Ahí lo tenemos, con los dioses, y él se sube a un escenario con un puñado de músicos que le prestan un cuerpo sonoro capaz de poner temblando las muelas a muchos con un tercio de su edad cumplida. ¿Se imagina la chica que baila en la primera fila, tras las barras, en cualquier concierto en cualquier lugar de este mundo, que el bravo de la trompera tiene apenas dos años menos que el padre de su madre de ella, que viene a casa en fiestas señaladas y que anda tan estupefacto por todo lo que ve desde hace unos 28 años, y siempre con es te cabreo como de a medio enterrar?

Miles ha decidido enterrar a los demás, el jazz incluido. Desde los años 40 le sobran entradas en la Enciclopedia del Jazz y no parece que encuentre en los manuales de esta disciplina lugar suficiente para que su nombre sea impreso en la Historia del siglo XX. Hoy tiene jóvenes dispuestos a seguir adelante [39] lante con la música que él tocaba cuando ellos no habían nacido y el muy ilustre Davis decide seguir tocando con la radio puesta: desde Sly y la Familia Piedra y James Brown, a Prince y Kassav, llama a Foley a su banda (y afortunadamente sigue Kenny Garrett por allí) y... por primera vez parece detenido, desde su último regreso, su etapa más larga, con el mismo temario y una fórmula similar.

En el fondo, lo que todos esperamos es que nos vuelva a despistar, hacernos perder nuestra pista, para seguir él la suya. Miles es el único capaz de aprender, sucesivamente, de Charlie Parker y Ahmad Jamal, y la aceptación rutinaria de lo existente no exime a la realidad de su inverosimilitud (como los escritores saben): desde la saeta que salió de labios criados en East Saint Louis, a dotar de genio a una cancioncilla de Walt Disney y sus trabajos, que hoy redescubrimos, un poco más educados, con bandas, entre 1969 y 1975, que constituyen una especie de casa universal de la Música. El crítico de jazz Martin Williams es terriblemente serio cuando afirma: «Tanto en lo que se refiere al repertorio como a otros aspectos obvios, la música de Miles Davis representa a menudo el triunfo de una sensibilidad artística innata sobre un gusto mediocre». Ambos coexisten en Miles y la sensibilidad artística vence sobre el gusto en la opción de los materiales.

El sabe qué clase de emoción expresa, y vuelve al espejo y la autocomplacencia le separa del jazz, no por un bajista eslapero o los ingenieros de los teclados, sino cuando explica a los demás que ésa es la

música que hay que hacer y que todo lo demás son cosas viejas que se han tocado ya antes. Al dios de la adolescencia (que sería infumable como dios de los adolescentes) le llega el rumor de los jóvenes músicos de jazz, que le adoran, y que de su obra actual opinan que es exactamente lo que Louis Armstrong hizo, también en sus 60, cuando tocaba y cantaba música popular, el *What a wonderful world* que hoy ha rescatado el saxofonista George Adams.

En cualquier caso, señor Davis, nada habríamos aprendido con usted si no estuviéramos esperando su próximo salto, fuiste tú quien nos exigió la ceremonia de la sorpresa, su deidad debe volver a romper el espejo y abandonar los caminos. Y habrá que titular el demasio continúa.

Salud, cacho genio.